

## DESARROLLO MORAL Y ORIENTACION: UNA REVISION CRITICA DEL ENFOQUE FEMINISTA

por M.<sup>a</sup> VICTORIA GORDILLO ALVAREZ-VALDÉS  
*Universidad Complutense de Madrid*

Hace aproximadamente un año, y a raíz de mi estancia en Harvard coincidiendo con la muerte de Lawrence Kohlberg, traté de hacer en estas mismas páginas una evaluación del modelo de desarrollo moral propuesto por este autor, refiriéndome especialmente a su aparente inadecuación para explicar el desarrollo moral de la mujer (Gordillo, 1987). La controversia había sido planteada por la investigación de otra profesora de esa misma Universidad: Carol Gilligan. Su crítica al modelo de Kohlberg presenta un doble interés: en primer lugar, recoge el pensamiento —y el sentimiento— feminista de no haber sido la mujer tenida en cuenta en su elaboración y puesta a prueba; y, en segundo lugar, conecta con una nueva perspectiva en la filosofía de la ciencia actual que rechaza la existencia de un solo enfoque —racional, empírico, objetivo— en el tratamiento de los problemas científicos y sociales. Es comprensible, en consecuencia, el clamoroso éxito que este modelo ha despertado; tanto a favor como en contra, han aparecido artículos y números monográficos que lo toman como objeto de estudio. Yo misma he sentido la necesidad de analizarlo y de expresar mi tesis acerca de su «relativa» verdad en el artículo antes mencionado.

Aunque es difícil cribar la carga emocional con que sus atacantes revisten sus argumentos, sí que a primera vista parece necesaria y convincente la crítica que se hace al modelo formal y excesivamente racionalista de Kohlberg donde la justicia es el hilo conductor y la moral se reduce a un saber razonar bien. Los últimos escritos de Kohlberg

\* Parte de este trabajo fue presentado en el Summer Institute del Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences de la Universidad de Stanford del que fui becaria en 1988.

abren, sin embargo, nuevas perspectivas y en ellos se vislumbra ya una mayor relación entre pensamiento y acción, así como una cierta integración de la ética del cuidado y la responsabilidad propugnada por Gilligan (Kohlberg, 1984).

Antes de pasar a criticar la obra de Gilligan, creo conveniente situar sus aportaciones dentro del contexto general del nuevo feminismo cuya fecha de aparición se sitúa en torno a los polémicos años 60. En general, el *feminismo* se define como cualquier forma de oposición ante cualquier tipo de discriminación social, personal o económica que la mujer pueda sufrir a causa de su sexo (Bouchier, 1984). Más que un movimiento homogéneo es un conjunto de voces distintas que a cuestiones fundamentales, tales como reformar la sociedad o cambiarla a través de la revolución, integrar a la mujer en el mundo masculino —borrando las diferencias entre hombres y mujeres— o separar ambas esferas, responde de modos muy diversos. Esta ambigüedad hace que tampoco exista un consenso acerca de quienes pueden ser denominadas realmente «feministas». Sin embargo, el hecho es que en los años 70 todo país de Europa occidental tenía un movimiento «feminista» acorde con su propia historia, cultura y política. En Estados Unidos también se había producido una evolución desde sus orígenes ligados a la corriente abolicionista y a las promesas de igualdad contenidas en su Declaración de Independencia, hasta la legislación proteccionista actual con manifestaciones como la «affirmative action» en el ámbito laboral.

En la actualidad se distinguen dos claras etapas en la evolución de este movimiento, tanto en un lado del Atlántico como en otro: el feminismo de comienzos de siglo que tiene como objetivo el voto femenino (conseguido ya sin restricciones en Inglaterra en 1928, y en Norte América en 1920), y un feminismo posterior que, aunque siempre latente, reaparece como una consecuencia lógica de las revueltas de los años 60 caracterizadas por la búsqueda de la emancipación humana. La concepción filosófica que lo impulsa se aviene más con las ideas de corte liberal de finales del XIX que con la corriente socialista de esa misma época, por más que ésta pretenda apropiarse hoy de los logros alcanzados.

En Estados Unidos, la campaña en contra de la esclavitud y la comprobación práctica de la igualdad de la mujer al realizar ésta durante la guerra los trabajos que el hombre tradicionalmente había desempeñado, fue el aguijón que desencadenó la lucha por obtener los mismos derechos políticos que los hombres. La consideración de que la mujer debía velar por la moral de la sociedad llevó en este país a campañas tan famosas como la de la sobriedad en la bebida emprendida en 1870 por la Woman's Christian Temperance Union (WCTU) y desarrollada

exclusivamente por mujeres. Paralelamente en Europa, la moral victoriana tenía también sus más firmes aliadas en las mujeres al partir del presupuesto de su especial condición y responsabilidad social. No es de extrañar, por tanto, que todo esto reforzase más la separación entre los sexos que la pretendida igualdad. Por otra parte, en este período son pocas las excepciones que discuten la asimetría existente entre el rol masculino y el femenino en la sociedad.

La depresión económica en el período entre guerras fue, sin embargo, testigo de nuevas reformulaciones en el papel asignado a cada sexo. El número de mujeres que trabajaba profesionalmente fuera de su casa se acrecentó provocando lógicamente cambios en las relaciones familiares y en el mundo laboral. No obstante, la situación se tornó diferente cuando al terminar la Segunda Guerra Mundial los puestos de trabajo comenzaron a ser escasos: las mujeres que ya en 1950 formaban el 30 % de la clase trabajadora, de un modo bastante similar en Estados Unidos e Inglaterra, pasaron entonces a ser consideradas como competidoras que ocupaban lugares que no les correspondían. El resurgimiento industrial de los años 50 provoca, además, el fenómeno del consumismo y el correspondiente hedonismo que contribuyó aún más a la creciente pérdida de sentido del trabajo doméstico. La mujer llegó a sentirse confinada a un tipo de trabajo que había perdido el aliciente de ser un arte y que la opinión pública valoraba cada vez menos.

La solución al problema no parecía encontrarse en una legislación que abría a la mujer las puertas del mundo profesional y educativo pues, por una parte, muchas debían seguir siendo «amas de casa» les gustase o no, y por otra parte, se hacía cada vez más evidente que la igualdad de oportunidades no puede ser real mientras no se acompañe con medidas que faciliten a la mujer su doble rol. Así, cincuenta años después del logro de tan discutido voto femenino las mujeres se muestran en estos dos países prototipos de la campaña feminista, más descontentas que nunca por lo poco que han conseguido en todo este tiempo. El ideal igualitario de los años 20 no parece haberse conseguido en dos puntos fundamentales para las activistas feministas: el trabajo y el matrimonio. Los objetivos que a final de los 70 aún han de perseguir son: igual sueldo, iguales oportunidades educativas y profesionales, igual representación en el Parlamento, protección ante la violencia masculina, libertad de elección sexual y de estereotipos sexuales, así como de las cargas que estos estereotipos han supuesto para las mujeres. En este momento aparece la conciencia de que el mal es más profundo y que su clave se encuentra en una cultura dominada por los hombres.

Ya en 1963, Betty Friedan afirmaba que los problemas eran no solamente políticos sino también culturales, por lo cual reclama una revo-

lución en los valores sociales que derrumbe la «mística femenina» culpable del aislamiento de la mujer y del escaso desarrollo del pensamiento y de la vida del espíritu. El impacto de este libro se suma a las diversas corrientes que surgen en los años 60 a favor de una mayor libertad humana: el movimiento pacifista, el de los derechos civiles de los negros, el del poder negro (*black power*), la nueva izquierda neo-marxista, y la contracultura *hippie*. La experiencia de lo ocurrido con los negros a los que teóricamente se les habían dado derechos civiles pero en la práctica seguían siendo discriminados, corrobora la idea de que es necesaria la separación de los «opresores» para que la igualdad no sea sólo legal sino real. En el feminismo radical americano esta solución revolucionaria estuvo presente desde sus comienzos, aunque posteriormente haya predominado el enfoque liberal como más adelante veremos. En Inglaterra, en cambio, fue el concepto de clase y no el de raza lo que sirvió de revulsivo. Si bien los socialistas habían apoyado siempre la causa femenina, este apoyo había sido más teórico que real pues incluso dentro de sus mismas organizaciones las mujeres seguían teniendo un papel muy limitado y bastante «tradicional». Por todo ello, las mujeres consideraron necesario unirse para defender sus intereses no sólo contra el capitalismo sino contra sus mismos compañeros socialistas que no tomaban en serio sus problemas.

Aunque la variedad de tendencias dentro de lo que se ha definido como feminismo sea tan amplia, es posible diferenciar ciertas corrientes teóricas que influyen y permiten distinguir distintos enfoques. Siguiendo a Bouchier, se pueden señalar tres tipos de movimiento feminista en la actualidad: el liberal, el socialista y el radical.

El feminismo *liberal* tiene sus raíces en las ideas de la Ilustración, y se manifiesta tempranamente en la obra de Mary Wollstonecraft, *Vindication of the Rights of Women* (1792). Casi un siglo después, John Stuart Mill y Harriet Taylor en *On the Subjection of Women* (1869), expresamente denuncian la contradicción entre los valores democráticos del liberalismo y la subordinación que las mujeres sufren.

En contraposición a los demás enfoques, el feminismo liberal se muestra optimista ante la posibilidad de lograr, introduciendo las necesarias reformas, una igualdad real para las mujeres sin necesidad de cambios revolucionarios en la economía, la política o la cultura. Las mismas estructuras democráticas son la condición esencial para que esto se logre. Su objetivo es modificar los roles tradicionales a través de la educación y procurar una mayor convergencia entre los mismos que beneficiará a ambos. La sociedad competitiva es un hecho que la mayoría acepta como inevitable, llegando incluso a pensar que dar ventajas a la mujer en razón de su sexo puede ser igualmente una fuente de discriminación, aunque en sentido contrario.

El feminismo *socialista* adopta en todas sus versiones la perspectiva marxista de lucha de clases. De este modo, el matrimonio reproduce, en un nivel inferior, los conflictos y contradicciones de la sociedad burguesa. Las mujeres son víctimas del capitalismo en su doble condición de trabajadoras y amas de casa; esta mayor opresión obliga a que se organicen separadamente de los hombres que, por otra parte, resultan ser meros agentes del sistema. Sus objetivos son la igualdad salarial, la crítica de la familia tradicional y el concepto de ideología, que permite a los grupos en el poder controlar a los menos poderosos.

Por último, el enfoque *radical* tiene muchos puntos en común con el anterior. En general, se puede afirmar que no es antisocialista aunque surja como una reacción frente a la ineficacia de tal grupo. Aparece en los años 60 y se presenta con la novedad de encontrar en el hombre al culpable de todas las desigualdades y vejaciones experimentadas por la mujer a lo largo de los siglos. Dado su interés para evaluar el modelo de desarrollo moral propugnado por Gilligan, examinaremos brevemente su principal temática.

a) El patriarcado: Si en el enfoque liberal el problema radicaba en el aprendizaje de roles, y en el socialista en la explotación del capitalismo económico, aquí el enemigo es el hombre. Acudir a la diferenciación biológica es equívoco —afirman— ya que muchas supuestas diferencias están aún por confirmar. La calificación que la cultura patriarcal otorga a todo lo biológicamente femenino como inferior es realmente lo problemático y lo que hay que cambiar. De ahí a considerar la superioridad biológica de la mujer, hay un solo paso que algunas de las pertenencias a este enfoque ya han dado, y que recoge la antigua creencia en su superioridad moral.

b) La familia: Mientras que para el socialismo la familia es la institución que soporta el poder masculino, el enfoque radical la considera como la fuente principal de este poder. En la familia las mujeres están oprimidas por la dependencia económica, el anonadamiento psicológico, la explotación sexual, la crianza y el trabajo doméstico. La consecuencia lógica es exigir la abolición del matrimonio. Sin embargo, y como ya he señalado en otra parte (Gordillo, 1988), curiosamente a finales de los 70 un gran número de estas feministas quieren ser madres y para justificar su pretensión hablan de que la maternidad puede ser una fuente de alegrías para la mujer si es una «experiencia libremente escogida» y no dentro de la familia nuclear. Lo cual no se entiende por qué no puede entrar también dentro del ámbito de lo libremente elegido.

c) Sexualidad: En este punto se aboga por el derecho a ir en contra de la natural elección heterosexual. La propaganda de organizaciones a favor de las lesbianas resulta un aspecto difícil de admitir por muchas

feministas que encuentran ahí una amenaza a su imagen y un desdibujamiento de su primera demanda, es decir, de la libertad en general, al imponerse un patrón de conducta para la mayoría inaceptable.

Dado que fue el concepto de raza —más que el de clase social— el que sirvió como punto de arranque del movimiento feminista en Estados Unidos, y dado que ésta es inmodificable, se comprende que los dos tipos de feminismo predominantes allí hayan sido el liberal (que pacta con el problema) y el radical (que se rebela ante él y no lo acepta). Mientras que en países como Inglaterra, y podríamos también decir España, haya sido el enfoque socialista el que más se haya desarrollado fundamentándose en la idea de una posible modificación de la clase social y, en consecuencia, de la situación femenina.

A mi entender, tanto Carol Gilligan como otras autoras también pertenecientes al campo académico (Noddings, Ruddick, Higgins, etc.) propugnan actualmente un tipo de enfoque radical dentro de la corriente feminista norteamericana. Prueba de ello es la agresividad de sus ataques, las también agresivas reacciones en contra, y la amplia resonancia que sus teorías han provocado en muy poco tiempo.

Si las feministas han estado siempre divididas en dos bloques, uno que reclama la igualdad de derechos y la esencial similitud entre los dos sexos, y otro más radical que afirma que las mujeres tienen una naturaleza distinta y, por tanto, un especial papel en el mundo, Gilligan y sus colegas se sitúan en este segundo bloque. Una manifestación clara en contra del feminismo liberal son las recientes palabras de Noddings: «Muchas personas hoy —incluso muchas feministas— aceptan un modelo de igualdad. Asumen que la solución para la opresión de las mujeres es un acceso libre y justo al mundo público. Olvidan, sin embargo, que el mundo público ha sido definido y construido por los hombres (...) Es un modelo que promueve —e incluso glorifica— dominancia y opresión, donde la asunción fundamental es que ser humano es ser hombre» (1988, p. 183).

Los conceptos claves para el enfoque radical se encuentran también presentes en la obra de Gilligan. El tema del «patriarca», por ejemplo, se descubre en su malestar ante la predominancia masculina tanto en la vida social como en las observaciones científicas de los psicólogos: «Implícitamente adoptan la vida del hombre (masculino) como la norma (...). En el ciclo vital, como en el Jardín del Edén, la mujer ha sido la que se ha desviado» (1982, p. 6). El desdén y rechazo hacia el hombre en cuanto representante de lo masculino o patriarcal, se manifiesta en afirmaciones como: «mientras las mujeres han cuidado de los hombres, éstos, en cambio, tanto en sus teorías del desarrollo psicológico como en sus organizaciones económicas, han tendido a dar por supuesto o devaluar este cuidado» (p. 17).

En su estudio sobre la decisión de abortar en 29 mujeres de origen étnico y clase social diferente, la imagen masculina que aparece es siempre denigrante: hombres egoístas, frecuentemente casados y con una familia que quieren conservar, hombres que dejan o reanudan la relación arbitrariamente, que amenazan con el abandono si la mujer no aborta, que prescinden de cualquier responsabilidad sobre el hijo si éste llega a nacer, etc. Ciertamente, el lector —y más si es lectora— fácilmente puede tomar como justa cualquier decisión a la que la protagonista llegue tras un penoso proceso en el que se la enfrenta consigo misma y se le anima a «controlar su propia vida» no juzgando según criterios morales de bondad sino de verdad o realidad —como si éstos fuesen opuestos— que le lleven a «responsabilizarse de sí misma» (p. 83).

La subordinación de la mujer en la familia se explica por haber considerado la abnegación como la virtud típicamente femenina, dificultando así el desarrollo adulto en la responsabilidad y elección (p. 132). La tensión entre la responsabilidad hacia otros y la auto-realización se resuelve «buscando la verdad de su propia experiencia», capacitando a las mujeres para que consideren moral «cuidar no sólo de otros sino de sí mismas» (p. 149).

La necesidad de «oír» otras voces, no sólo de especular sobre problemas morales, ha sido la característica que ha impulsado la investigación de Carol Gilligan. Aunque, ciertamente, estas voces sean masculinas y femeninas y sea la común temática la que las une, Gilligan ha atendido más a las voces femeninas, quizá por haber sido éstas menos escuchadas en el pasado. Esta necesidad, sin embargo, ya había sido señalada casi 20 años antes en una tan famosa como equivocada obra: *The Feminine Mystique*, su autora insistía en que «no podemos ignorar más esa voz dentro de la mujer que dice: yo deseo algo más que mi marido, mis hijos y mi hogar» (Friedan, 1963, p. 27. El subrayado es mío). Aunque años más tarde (en *The Second Stage*, 1981) reconozca el enorme coste que ese feminismo inicial había supuesto para las mujeres que engañadas por una abstracta idea de justicia habían abandonado el hogar y la familia, la lección parece haber sido olvidada. Así es muy posible que la responsabilidad y solicitud universales propugnadas por la ética del cuidado, acaben en una opción por el yo más racionalizada y elaborada que el egoísmo del primer nivel (Gordillo, 1987). A la etapa post-convencional o moral de la no-violencia, se le adjudica una difícil tarea: reconciliar los conceptos de egoísmo y responsabilidad a través de una nueva comprensión de sí misma y de una redefinición de la moralidad.

De un modo general, las críticas que han ido surgiendo ante el modelo de Gilligan se pueden encuadrar bajo los siguientes epígrafes: aquellas que subrayan la exageración de las diferencias entre ambos sexos,

las que toman como punto de partida la minimización de estas diferencias, las que se refieren a la metodología empleada en la comprobación del modelo teórico, o las que desde otra perspectiva más genérica ponen de relieve sus fallos filosóficos y la problemática educativa no resuelta.

*a) El supuesto de las dos culturas diferentes*

Subyacente a la maximización de las diferencias se encuentra la hipótesis de la existencia de dos esferas o culturas totalmente diferentes. Sus bases psicológicas se hallan en teorías de corte freudiano o en teorías evolutivas como las propuestas por Chodorow, Gilligan o Miller; la apoyatura sociológica la proporciona Parsons con su teoría de los diferentes roles.

Esta disociación parece perpetuar, sin embargo, la separación que prevalecía en el siglo pasado y que fue causa de numerosas injusticias sociales. La reificación de esferas separadas implica el peligro de simplificar el problema, así como de ignorar la contribución de las mujeres a la cultura universal, pues es preciso reconocer que en gran medida el desarrollo social e histórico se debe a la participación de la mujer. Por otra parte, parecen no tenerse en cuenta las limitaciones que una cultura exclusivamente femenina trae consigo, ya que puede convertirse en una vía para confinar y restringir la actuación femenina. Probablemente tenga razón Estella Freedman cuando afirma que este tipo de organización social ha tenido una finalidad más política que cultural sirviendo como medio a través del cual se posibilitaba a las mujeres la libertad de ejercer una crítica de la cultura dominante (Freedman, 1979). Resulta dudoso, sin embargo, el valor de su vigencia en la actualidad.

Hay, también, en esta idealización del mundo femenino otro tipo de simplificación que lleva a olvidar cómo la mujer puede ser también egoísta, ruda o cruel. Un ejemplo frecuentemente citado, es el papel desempeñado por muchas mujeres bajo el régimen nazi. Se cuestiona, por tanto, hasta qué punto hay una afinidad biológica de la mujer con las «relaciones de solicitud», o si no son éstas más bien producto de un proceso de socialización. E, igualmente, resulta muy discutible la creencia de que este tipo de relación sea siempre el más adecuado.

Posiblemente muchas de las características que definen y separan ambas esferas no surjan de un modo natural de la psicología propia de la mujer sino que pueden ser producto de un diferente proceso de socialización que comienza en la infancia y se basa en una implícita

división del trabajo entre los dos sexos. Es preciso aquí recordar que la identificación de la división del trabajo con relaciones de explotación y dominio es el resultado de una conceptualización feminista que encubre el carácter originario asociado con relaciones de intercambio, complementariedad e interdependencia (Tyrell, 1986). Existe, además, otro aspecto que conviene no olvidar, el hecho de que las diferencias *dentro* de un mismo grupo pueden a veces ser mayores que las diferencias *entre* grupos.

### *b) La negación de las diferencias*

Si la exageración de las diferencias es una tendencia a la que siguiendo la terminología estadística se le podría llamar «alpha bias», el extremo opuesto es la minimización de diferencias o «beta bias» (Hare-Mustin y Marecek, 1988). Una representante de esta tendencia sería Maccoby, para quien el razonamiento sobre temas morales está estrechamente relacionado —aunque no se identifica— con el desarrollo cognitivo general en el cual se ha comprobado que no existen diferencias significativas entre los sexos.

Para esta autora no hay ninguna esfera en el pensamiento, acción o sentimiento humano en la cual los dos sexos sean totalmente distintos, exceptuando las funciones reproductivas. Los estereotipos de una mayor empatía y altruismo en la mujer no son sino productos de la tradición que ha otorgado a las mujeres esta fama, pero —se pregunta— ¿refleja verdaderamente la realidad? Dentro de esta discusión, Colby (1983) afirma no haber encontrado en la bibliografía suficientes datos que lo avalen. Y también Eisenberg y Lennon (1983) reconocen desconocer cómo actúan los componentes emocionales de la empatía en relación a las diferencias entre sexos. Para Maccoby (1986) ésta es una cuestión complicada que requiere mayor investigación empírica pues con los datos actualmente disponibles no se pueden confirmar ni refutar las diferencias psicológicas entre los sexos. Algunos intentos eficaces están siendo realizados en la línea de la automanifestación y en el modo de enfocar la propia intimidad.

Dentro de este contexto de minimizar las diferencias es de destacar el meta-análisis llevado a cabo por Walker (1984, 1987) que descubrió la existencia de diferencias en razonamiento moral sólo en relación con la educación, no con el sexo. También un hallazgo suyo es haber encontrado diferencias en la orientación del contenido, pero no en el nivel de razonamiento moral, cuando se enfrentaba a los sujetos con dilemas morales reales no hipotéticos. Incluso en este tipo de dilemas, sujetos

con una orientación de justicia obtuvieron puntuaciones en el desarrollo moral más bajas que aquellos con una orientación escindida, lo cual parece contradecir la acusación de que hay un sesgo contra la respuesta femenina en la teoría y sistema de clasificación de Kohlberg.

El problema radica, por tanto, en saber si a lo que Gilligan atiende es a algo específicamente femenino o si, por el contrario, es algo simplemente humano.

Desde un punto de vista práctico, la minimización de las diferencias entre sexos supone el riesgo de no atender a necesidades específicamente femeninas —como puede ser el embarazo o la lactancia—, así como a pasar por alto las diferencias de recursos socio-culturales disponibles actualmente para hombres y mujeres.

### *c) La crítica metodológica*

En relación con la metodología empleada para probar el modelo las críticas han sido numerosas, y se refieren tanto a la muestra empleada como al sistema de categorización o a la temática elegida (el aborto). Hasta fecha muy reciente, Gilligan no ha presentado criterios empíricos para codificar los juicios en su modelo, no siendo tampoco posible utilizar los de Kohlberg al tratarse de dilemas reales y no hipotéticos. Es evidente que Gilligan no ha pretendido hacer una investigación que siguiese el modelo científico empírico —de hecho, los únicos estudios cuantitativos que hasta ahora habían apoyado esta teoría son los realizados con Pollak (1982) y el de Lyons (1983)—, no obstante, la selección que hace de párrafos en las entrevistas y la interpretación de las mismas, la aleja de toda metodología cualitativa rigurosa (Nails, 1983). No siendo esto fácilmente aceptado por Gilligan que ante las críticas metodológicas que se le hacen responde afirmando que su trabajo como el de cualquier investigador —ya que los datos puros no significan nada— presenta las limitaciones que provienen de la naturaleza y el contexto de sus observaciones, además de reflejar su propio marco interpretativo. Este se manifiesta tanto al elegir, deliberadamente, escuchar las voces femeninas pasando por alto la literatura psicológica tradicional plagada de voces y experiencias masculinas, como en las deducciones que a partir de ahí hace sobre el desarrollo de la mujer, el concepto de sí misma y el peculiar carácter de su experiencia moral (1986, p. 328). Especialmente, resulta grave el hecho de que pregunte a sus sujetos lo que piensan de sí mismos, sin preocuparse por distinguir comprensión real de reacciones defensivas o de fantasías. Es una psicología idealista en la que se asume que el yo y el auto-concepto son idénticos.

Evidentemente, cuando no se controlan las variables clase y educación aparecen claras diferencias entre los sexos, pero ¿ocurriría así si estas variables se controlasen? Ya hemos señalado como Walker responsabiliza de estas diferencias a la educación, no al sexo. Gilligan, sin embargo, piensa que el hecho de que mujeres educadas sean capaces de obtener niveles altos en razonamiento moral siguiendo el hilo conductor de la justicia, no supone que espontáneamente elijan resolver los problemas morales dentro de estas coordenadas.

Del mismo modo Carol Stack considera imprescindible tener en cuenta la clase social y la raza en cualquier estudio sobre diferencias sexuales. Su pretensión, más que criticar el modelo de Gilligan, es situar estos hallazgos en el contexto cultural que les corresponde. Así, en su trabajo con emigrantes negros en Estados Unidos encontró que bajo condiciones de privación económica, se daba una convergencia entre hombres y mujeres en su modo de pensar sobre sí mismos en relación con otros y en su vocabulario acerca de los derechos, la moralidad y el bienestar social (Stack, 1974, 1988). Por otra parte, reconoce que aunque hombres y mujeres obtengan los mismos niveles en razonamiento de justicia y de solicitud, esto no supone que actúen de la misma forma: cada uno empleará en el momento de la acción contra la opresión social tácticas diferentes según su sexo.

Diversas investigaciones han subrayado el hecho de que es la posición que se ostente en la jerarquía social, más que el sexo, la que da razón de una mayor o menor tendencia a las relaciones de solicitud y cariño. Siendo incluso posible que una persona reaccione de diferente modo según la posición de poder que ocupe en un determinado momento; así, por ejemplo, una madre de familia en un conflicto con su marido o en una discusión con sus hijos puede acentuar selectivamente una orientación moral contraria a la que empleará en una situación diferente.

Para Colby, la postura adoptada por Gilligan es claramente ideológica y no científica. El uso o significado que da a ciertas características femeninas entronca, a su parecer, con la corriente que transforma en ventaja el hecho de estar socialmente en una situación de desventaja.

#### *d) La fundamentación filosófica*

Dentro de una perspectiva filosófico-moral se ha invocado la carencia de una fundamentación sólida en el modelo llegando incluso a decirse que las diferencias de moral relativas al sexo pueden ser más una «verdad mítica» que empírica (Brabeck, 1983), sin que esto suponga

—dice la misma autora— devaluar los mitos, pues éstos cumplen la función de responder a necesidades emocionales ampliamente difundidas en la sociedad. Siendo ciertamente este carácter emocional, del que Gilligan quiere hacerse eco en su investigación, el que impide a su teoría ser considerada como científica quedándose en el nivel de algo meramente ideológico. Si por ideología se entiende «cualquier concepción que se autosupone capaz de explicar plenamente la vida o lo fundamental de ella, desterrando el sentimiento y la noción de misterio que casi siempre produce la contemplación del mundo y del destino humano» (Moa, 1988, p. 7) y que se diferencia de la ciencia en su afán de exponer conclusiones absolutas apoyadas no en datos científicos, sino en «la fetichización de la ciencia y en impulsos emocionales». El objetivo de las intuiciones que abren nuevas líneas de investigación ha de ser precisamente éste: la apertura a la crítica, el análisis de las reacciones en contra, y la profundización empírica y teórica de sus resultados y supuestos.

No es de extrañar, por tanto, que filósofos de diversas latitudes y tendencias hayan encontrado dificultades insalvables en este modelo. En su crítica a Kohlberg, Habermas dedica también unas páginas a Gilligan y colaboradores. En primer lugar, afirma que no hacen una distinción suficiente entre el problema cognitivo de la aplicación y el problema motivacional del enraizamiento de las percepciones morales. En segundo lugar, opina que la cuestión de la aplicación específica a un contexto de normas generales no se debe mezclar con la cuestión de la fundamentación. Y, por último, no considera que el «relativismo contextual» —que trata de superar el formalismo ético kohlbergiano— resuelva algunas insuficiencias que aparecen en la esfera posconvencional del juicio moral. «Aquellos que pretenden completar las etapas morales de Kohlberg, bien sea mediante otra etapa postconvencional (C. Gilligan) o mediante una jerarquía paralela de etapas (N. Haan), no diferencian suficientemente entre las cuestiones morales y las evaluativas, entre las cuestiones de la justicia y las de la vida buena» (Habermas, 1983, p. 211). El razonamiento no implica la realización de la acción.

En esta misma línea y basándose en la distinción kantiana de deberes perfectos e imperfectos (los primeros no reclaman la acción por lo que pueden ser siempre exigidos, mientras que los segundos sí lo hacen y, en consecuencia, no pueden ser nunca totalmente satisfechos), Nunner-Winckler (1974) cree desaconsejable hablar de dos éticas pues considera que los juicios morales deben regirse tanto por principios universales como por las situaciones concretas en que ocurren, por lo que en realidad se trata de una sola ética que se adecúa al momento. Siguiendo estas consideraciones Schreiner (1987) encuentra una estructura común en ambos modelos de desarrollo, ya que para Gilligan se trata también

de un equilibrio entre los intereses propios y los ajenos —aunque el contenido sea diferente en hombres y mujeres—, por lo que, lo mismo que en Kohlberg, el problema radica en integrar autonomía e independencia. Sin embargo, señala Schreiner, esta crítica de la concepción filosófica del modelo de Gilligan no se opone a la hipótesis psicológica de la existencia de dos orientaciones morales diferentes según el sexo.

Otros autores más que en la estructura se han fijado en el uso de determinados conceptos. Así se considera demasiado individualista el concepto de responsabilidad que Gilligan emplea, al hacer que sean las mujeres las únicas responsables de la decisión de abortar (O'Loughlin, 1983). E igualmente, la supuesta oposición que para Gilligan existe entre justicia y solicitud puede llevar a actitudes contradictorias. El hecho de confundir racionalidad con dogmatismo, formalismo e intelectualización, parece situarla dentro de una romántica oposición a todo lo que sea juicio, limitación y separación. Y esto, a su vez, puede ser interpretado como relacionado con la tendencia psicodinámica que postula el regreso hacia una etapa infantil de fusión con la madre (Broughton, 1983).

La posibilidad de una voz moral diferente es discutida por Flanagan y Jackson (1987) desde una perspectiva relativista en la que abogan por la existencia de más de dos voces y en contra de una sola moral. Si Gilligan —dicen— pretende superar la imparcialidad y universalidad del enfoque de Kohlberg aportando particularidad y concreción —su «relativismo contextual»—, hubiese sido preciso una más adecuada descripción, a modo de taxonomía, de cada una de las dos orientaciones morales tal y como se llevan a cabo en la acción. Tampoco encuentran un análisis detallado sobre los tipos de solicitud moralmente buenos o malos según las circunstancias de la relación y el contenido de la misma. Pero la incógnita más importante se refiere quizá más a Kohlberg que a Gilligan por su intento de integrar las dos perspectivas ya que, para ellos, las diferencias en su origen y la estructura cognitiva y motivacional subyacente dificultan lograrlo en sujetos morales concretos. También Gilligan pretende que la persona madura logre una síntesis entre las cuestiones de justicia y el bienestar personal que, si bien reconoce es difícil, en sus planteamientos resulta imposible de alcanzar.

El problema de fondo es la eterna separación entre cuestiones de «vida buena» —particular— y de justicia —imparcial— por no partir del supuesto de que el *bien* tiene que ver con la experiencia de la realidad, con el hacer *justicia* a la realidad, de lo cual se derivan consecuencias tanto particulares —contextuales— como generales.

*e) La réplica de Kohlberg*

Según sus colaboradores, Kohlberg nunca ha afirmado que los hombres tienen un sentido de justicia más desarrollado que las mujeres. Para él, es la falta de experiencia en la vida social y política lo que ha impedido a la mujer situarse en los estadios postconvencionales. Y aunque no se opone a la teoría de Gilligan, encuentra en ella problemas metodológicos que cuestionan la significatividad de las **diferencias**, tales como la falta de fiabilidad inter-jueces, la propia del test-retest, y su sistema de codificación.

Para Kohlberg su reciente hipótesis de que ambos modos están entrelazados, ha sido posteriormente confirmada por Gilligan y Lyons (1982) que reconocen que la mayoría de los entrevistados usaron *ambas orientaciones*. «En el hipotético estadio seis se da una integración de justicia y solicitud que forman un principio moral singular (Kohlberg, 1984, p. 126). Indica también que quienes usan una orientación de «cuidado» no puntúan más bajo en su estudio. El problema está, no obstante, en si él concede al enfoque moral de «caring» la misma consideración teórica que al de justicia. Siguiendo a Rawls, señala que el uso de una u otra teoría depende de la situación: más que algo bipolar o dicotómico, la orientación de solicitud y responsabilidad se dirige principalmente a las relaciones con la familia, los amigos y los miembros del grupo, siendo éstas relaciones que frecuentemente incluyen o presuponen obligaciones generales de respeto, justicia y obligación. No está, pues, claro si las dos orientaciones acaban siendo una sola o permanecen diferentes. Se muestra, no obstante, partidario de aceptar la distinción de Nunner-Winckler, relacionando los deberes «imperfectos» con la ética de la solicitud y los deberes «perfectos» con la de la justicia. Ambos requieren la consideración de los aspectos situacionales y contextuales, y no sólo los deberes imperfectos como Gilligan cree. A pesar de sus deseos de sintetizar, Kohlberg sigue hablando de dos esferas diferentes de moral sin atender suficientemente a las insinuaciones de Nunner-Winckler que habla de una ética común subyacente a ambos enfoques, por lo que más que integrar dicotomiza el ámbito de la moral, aunque lo amplíe.

*f) El problema educativo*

Por último, el educador y el orientador se han preocupado por las metas educativas que con este modelo de desarrollo moral se pretenden. ¿Es una ventaja mantener la dualidad de esferas? ¿Conviene tener en

cuenta en la programación educativa el hecho de que las mujeres piensan y razonan de un modo diferente al de los hombres? ¿Proporciona el modelo de Gilligan una base adecuada para educar a una clientela femenina? ¿Qué consecuencias sociales se pueden prever de la asunción de tal enfoque?

De nuevo reaparece aquí la sospecha de que en este modelo se manifiesta esencialmente una concepción ideológica que en algunos casos se considera como una huida en la búsqueda de soluciones a los problemas reales al disolver esta responsabilidad en un individualismo moral (Haug, 1985). Entre otras cosas, se acusa a Gilligan de obligar a la mujer a aceptar la situación de desigualdad en que la sociedad la ha colocado, así como de hacerla cómplice de la dominancia y opresión de los hombres. Lo que desde luego resulta evidente es que estas críticas tampoco están exentas de un cierto tinte ideológico, lo cual también les resta objetividad, a la vez que simplifican excesivamente la propuesta de Gilligan.

Si es cierto que el estudio de las diferencias psicológicas entre los sexos ha acabado siendo un tema altamente politizado (Vasudev, 1988), desde un punto de vista educativo es estrictamente necesario evitar las polarizaciones y prestar atención a la vida real de los sujetos: frecuentemente más que de elegir entre alternativas, se trata de vivir con esas alternativas, lo cual supone la capacidad de soportar tensiones y la prudencia de elegir en cada momento lo adecuado. De aquí que posiblemente una buena educación consista en hacer a los hombres y mujeres capaces de elegir cuando mostrarse solícitos y atentos a los demás y cuando poner en primer término los derechos o temas abstractos.

En esta dirección de integrar más que de presentar dos opciones opuestas y contradictorias se sitúan los últimos trabajos de Kohlberg, y los recientes intentos de Gilligan (1988). Tanto Gilligan como antes Johnston (1985), encontraron diferencias en la orientación moral preferida de un modo espontáneo, manifestando también que la mayoría de los sujetos eran capaces de comprender y usar la lógica de las dos orientaciones. Este tipo de preferencia puede ser una dimensión de la identidad del yo, especialmente cuando la decisión moral se hace desde una instancia más consciente y «postconvencional», aunque es preciso estudiar todavía las implicaciones de esta preferencia en el enfoque, reconocer que hay otra posibilidad de considerar el problema puede cooperar a una comprensión moral más completa.

Ciertamente el eje de la justicia no es suficiente para describir la experiencia humana. Junto al problema de la desigualdad, otro gran problema que afecta a todos los hombres es la soledad afectiva que es también un elemento motivacional importante. Pero hay que distinguir

de un modo realista los distintos tipos de solicitud a emplear en esferas públicas y privadas de la vida personal, sin caer en la utópica «solicitud universal».

Finalmente se olvida en este modelo un factor educativo clave: la educación de la libertad que ha de posibilitar a hombres y mujeres hacer elecciones realmente libres y no estereotipadas por estos nuevos roles sexuales que Gilligan cree haber descubierto en relación con el desarrollo moral de la mujer.

### *Conclusión*

Acudir a la realidad es lo que permite comprobar o no la validez de una determinada teoría. Es de agradecer a Gilligan que intentase hacerlo oyendo esas silenciosas voces femeninas, pero el error que ha cometido es a mi juicio doble. Por un lado, ha oído *sólo unas voces*, la de la mujer blanca de la clase media norteamericana se ha dicho, una de cuyas características parece ser haber disuelto el sentimiento interior de responsabilidad moral ante alguien que no sea una misma. Por otra parte, la realidad no se refleja bien en voces o conceptualizaciones teóricas, es preciso atenerse a los hechos, las acciones anteriores, las situaciones sociales en las cuales se entretajan las relaciones interpersonales, y atender a la propia psicología que muestra la frecuente aparición de mecanismos de defensa que hay que reconocer y tratar como lo que son. De todo esto no se puede prescindir románticamente si no se quiere correr el riesgo de la utopía, con las fatales consecuencias que ya se han podido sopesar.

Resulta evidente que la mujer *siente* distinto que el hombre, pero el mundo de la cultura —como el de la moral— no se basa en sentimientos por importantes que éstos sean para la vida personal. Reconociendo estas diferencias, y asumiéndolas como enriquecedoras, hay que subrayar que la cultura y la moral son una porque son propias de la persona humana que es también una, aunque con importantes especificaciones.

Algo diferente es luchar por la igualdad laboral, por una mayor consideración social del ámbito doméstico, por una redefinición de roles cuando las circunstancias socio-culturales lo exigen, por no minusvalorar características que si tradicionalmente han sido femeninas y pertenecientes al ámbito de lo privado, hoy se consideran imprescindibles para la buena marcha de la sociedad. En ésta cada uno tiene que desempeñar un papel, ni más ni menos importante sino el que convenga al bien social y mejor se adecúe a las propias características o circuns-

tancias personales. Hacer lo contrario en nombre de una ideología daña en primer lugar a la misma persona. Según Gilder las diferencias biológicas tienen una finalidad también social. En su libro *Sexual Suicide* (1973) narra lo que puede ocurrir en una sociedad que anime a las mujeres a abandonar el rol materno. Si las cualidades tradicionalmente femeninas se atrofian, la sociedad consistirá en individuos deshumanizados, aislados, competitivos, sin familia y sin experiencia de amor. Las ideas feministas —dice Pío Moa— han sido promovidas fundamentalmente por otras ideologías más amplias que las utilizan, tal ha sido el caso del comunismo, socialismo, anarquismo o un buen sector del liberalismo.

Resulta bastante absurdo —aunque tiene también su explicación psicológica— querer encontrar en la otra mitad de la humanidad la causa de los propios fracasos, especialmente si se piensa que la incorporación de la mujer al mundo del trabajo no ha sido obra de ideas feministas, sino de necesidades industriales y de guerras, y del mismo modo, las leyes que permiten el acceso de la mujer a prácticamente todos los puestos y posiciones de la sociedad han sido hechas por varones y no son fruto de una presión principalmente feminista. Quizá el éxito mayor que el movimiento feminista se atribuye en la actualidad es la conquista del aborto. La invitación a la irresponsabilidad por parte del padre es aquí evidente como desde perspectivas nada sospechosas de conservadurismo se ha señalado (cfr. Broughton o O'Loughlin), siendo la mujer la que ha de cargar con la peor parte aunque ambos sean igualmente culpables de un crimen tan degradante como el de quitar la vida a un ser indefenso que ellos han generado y del que ahora por comodidad y egoísmo quieren prescindir. La hipótesis de Moa de que si se probara la conexión entre el feminismo y la chabacanización de la relación mujer-hombre y la consiguiente decepción mutua, se conseguiría también mostrar como ahí enraizan rasgos de la cultura contemporánea tales como la expansión de la droga, la delincuencia o el aturdimiento industrializado (p. 11), tiene muchas probabilidades de ser cierta.

La acción buena es la que hace justicia a la realidad, lo cual requiere conocer ésta con un desapasionamiento que brilla por su ausencia en muchos de los enfoques feministas —y no sólo de éstos— y, posteriormente, actuar del modo más conveniente según la naturaleza de cada cosa. La mujer es persona y es adulta, no puede, por tanto, escapar al ejercicio de su libertad diciendo que no la tiene o buscando en su experiencia una «realidad diferente» más acorde con sus deseos. Perfectamente lo manifestaba Machado en sus conocidos versos: «La verdad, no tu verdad, y ven conmigo a buscarla.» Esa es la tarea de un auténtico desarrollo moral de la mujer: profundizar en la realidad

—que no viene dada por las opiniones de un grupo de mujeres— y que necesita ser analizada desde distintas perspectivas, y colaborar con el hombre para hacer una sociedad más humana para ambos.

**Dirección de la autora:** M.<sup>a</sup> Victoria Gordillo Alvarez-Valdés, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Universidad Complutense de Madrid, 28040 Madrid.

*Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo:* 10-XII-1988.

#### BIBLIOGRAFIA

- BOUCHIER, D. (1984) *The Feminist Challenge* (New York, Schocken Books).
- BRABECK, M. (1983) Moral judgment: Theory and research on differences between males and females, *Developmental Review*, 3, 274-291.
- BROUGHTON, J. (1983) Women's rationality and men's virtue: A critic of gender dualism in Gilligan's theory of moral development, *Social Research*, 50: 3, 597-642.
- COLBY, A. (1983) A longitudinal study of moral judgment, *Monographs for the Society for Research in Child Development*, 48:200 (Chicago, University of Chicago Press).
- EISENBERG, N. y LENNON, R. (1983) Sex differences in empathy and related capacities, *Psychological Bulletin*, 94:1, 100-131.
- FLANAGAN, O. y JACKSON, K. (1987) Justice, care, and gender: The Kohlberg-Gilligan Debate revisited, *Ethics*, 97, 622-637.
- FREEDMAN, E. (1979) Separation as strategy: Female institution building and American Feminism, *Feminist Studies*, 5:3, 512-529.
- GILLIGAN, C. (1982) *In a Different Voice* (Cambridge, Harvard University Press).
- GILLIGAN, C. y LYONS, N. (1982) The contribution of women's thought to developmental theory, Memoria final presentada al National Institute of Education.
- (1986) On In a Different Voice: An interdisciplinary forum. Reply by Carol Gilligan, *Signs*, 11:2, 324-333.
- (1988) Two moral orientations: Gender differences and similarities, *Merrill-Palmer Quarterly*, 34:3, 223-237.
- GORDILLO, M. V. (1987) El desarrollo moral de la mujer, *Revista Española de Pedagogía*, 175, 29-43.
- (1988) La orientación de la mujer ¿mito o realidad?, *Dignidad y Progreso. Nuevas formas de solidaridad* (Madrid, Universidad Complutense).
- HABERMAS, J. (1983) *Moralbewusstsein und Kommunikatives Handeln* (Frankfurt am Main: Suhrkamp).
- HARE-MUSTIN, R. T. y MARECEK, J. (1988) The meaning of difference, *American Psychologist*, 43:6, 455-464.
- HAUG, F. (1985) Rezension von Gilligan 1984 (1.<sup>a</sup> 1982), *Das Argument*, 149, 113-114.
- JOHNSTON, K. (1985) Two moral orientations. Two problems-solving strategies: Adolescents' solutions to dilemmas in fables. Tesis doctoral, Universidad de Harvard.
- KOHLBERG, L. (1984) *The Psychology of Moral Development*, vol. 2 (San Francisco, Harper and Row).
- LYONS, N. (1983) Two perspectives: On self, relationships, and morality, *Harvard Educational Review*, 53, 125-145.
- MACCOBY, E. y GREENO, C. G. (1986) How different is the «Different Voice», *Signs*, 11:2, 310-316.
- MOA, P. (1988) Shere Hite y la sociedad homosexual, *Tanteos*, 1:2, 7-14.

- NAILS, D. (1983) Social-scientific sexism: Gilligan's mismeasure of man, *Social Research*, 50:3, 643-663.
- NODDINGS, N. (1987) Do we really want to produce good people?, *Journal of Moral Education*, 6:3, 177-188.
- NUNNER-WINKLER, G. (1984) Two moralities? A critical discussion of an ethic of care and responsibility versus an ethic of rights and justice, en KURTINES, W. M. y GEWIRTZ, J. L. (eds.) *Morality, moral behavior, and moral development* (New York).
- O'LOUGHLIN, M. A. (1983) Responsibility and moral maturity in the control of fertility -or, A woman's place is in the wrong, *Social Research*, 50:3, 557-575.
- POLLAK, S. y GILLIGAN, C. (1982) Images of violence in Thematic Apperception Test stories, *Journal of Personality and Social Psychology*, 42:1, 159-167.
- SCHREINER, G. (1987) Die Herausforderung durch die «andere Stimme», *Zeitschrift für Pädagogik*, 33:2, 237-246.
- STACK, C. (1974) *All our kin: Strategies for survival in a black community* (New York, Harper and Row).
- (1988) *Different voices, different visions: race, gender, and moral reasoning* (en prensa).
- TYRELL, H. (1986) Geschlechtliche Differenzierung und Geschlechterklassifikation, *Kölnner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 38:3, 450-489.
- VASUDEV, J. (1988) Sex differences in morality and moral orientation: A discussion of the Gilligan and Attanucci study, *Merrill-Palmer Quarterly*, 34:3, 239-244.
- WALKER, J. (1984) Sex differences in the development of moral reasoning: A critical review, *Child Development*, 55, 677-691.
- (1987) Moral stages and moral orientations in real-life and hypothetical dilemmas, *Child Development*, 58, 842-858.

#### SUMMARY: MORAL DEVELOPMENT AND COUNSELING: A CRITICAL REVIEW OF THE FEMINIST APPROACH

Beginning with a historical review of the feminist movement, it focuses on the new stream arising at the end of the 70's which gave birth to three types of current feminism. The thesis defended in this article is that the approach to moral development set forth by C. Gilligan and other writers centers on a radical concept which seeks not the collaboration but rather a struggle with man as the principal foe. This approach is criticized with respect to its methodological deficiencies and lack of an adequate philosophical foundation, as well as its possible application to the educational field. The solution offered is that of a greater attention to reality, which is not expressed only through the experiences and voices of a specific social group, and, via a more profound analysis of human nature —male and female— of a discovery of that which must be changed and that which is unchangeable, rendering utopian an attempt at radical change.

KEY WORDS: Women's moral development. Feminism. Feminist studies. Counseling.